

Kibera, Kenia

Allí donde aguas fecales riegan lomas,
donde los destellos son una jungla de uralita,
abrazados por una compacta nube de miseria
y con el gélido aliento de la muerte en la nuca,
un millón de almas respira azufre,
camina por campos de plástico viejo
y duerme sobre colchones de desdicha.

El *slum* amanece envuelto en legañas,
desperezándose con el chirrido de las chabolas de latón.
Su cielo roto se estremece, confuso,
negando su azul al acoger en su regazo
el humo tóxico de las basuras calcinadas.

Arropada por el aire sucio,
con aliento enrarecido y callejones de carmín,
despierta Kibera majestuosa
como una pobre princesa que aún conserva dignidad.
Con la mirada de quien se entrega a su destino,
llanto de frío amor y párpados cansados,
se pregunta por qué allí el hambre es más hambre,
las noches son más noches
y nadie levanta sus castillos.

Poco a poco, las calles se decoran
con cubos apilados de carbón,
tiznando el suelo de oro negro.
Sentados en las puertas de sus casas,
llenan los vecinos sus pulmones
con bocanadas de plomo gris
mientras mujeres de tez curtida
venden flores de esperanza.

Como una ballena henchida en la playa,
late Kibera en agonía,
lanzando al abismo suspiros de hollín.
Por doquier, besan moscas la carne
de los mercados clandestinos
y una niña se lava sus piernecitas
en un pútrido charco de tierra roja.

El ruido de Nairobi llega distorsionado
a las estrechas calles del *slum*, confundiéndose
con gritos que naufragan en su océano
mientras las madres seropositivas rezuman en silencio
por no poder dar el pecho a sus recién nacidos.
Quieren salir – es cierto – de este oasis remordido,
desertar de sus penas cultivadas
y fraguar la paz con su futuro.
(Pero no pueden).

Al atardecer, mil cohortes de enanitos negros invaden el *slum*
y Kibera se desboca, loca por no poder hablar.
Escondiendo sus caras contra la pared,
tributarios de sí mismos
e ignaros de vergüenza,
erran libres por ese mundo
regalando el tesoro de sus sonrisas de marfil.

Como una anguila sigilosa,
coronan las vías del tren una cruel colina
empedrada de sueños y deseos
y, desde arriba, se ve cómo una laguna de metal
engulle los días, los ánimos, de cada mártir.

Cae el ocaso.
Y con él la luz.
La barraca se ilumina con hogueras
cuyas lenguas ígneas se mecen en la sombra.
¡Pero no sus fuegos ni los del Sol hirientes!
¡No sus ratoneras laberintos de minotauro ebrio!
¡No del viento la apatía! ¡No del hado su secreto!
No. Lo doloroso es pensar nacer ahí.

¡KIBERA!
¡A ti la vida! ¡A ti la muerte!
A ti el día y a ti la noche.
A ti el amor y a ti el odio.
A ti el perdón y a ti el exilio.
A ti el ayer. A ti el hoy. A ti el mañana.

Nunca sospeché que un infierno encerrase belleza
ni que la bondad más honda se encontrase aquí.
La vida no siempre es maravillosa,
poco cambia y todo sigue;
por eso, cada niño, antes de dormirse,
observa taciturno debajo de las sábanas
cómo un pequeño tornado, lentamente y en círculos,
baila sobre la agrietada palma de su mano.

Agustín Ostos Robina